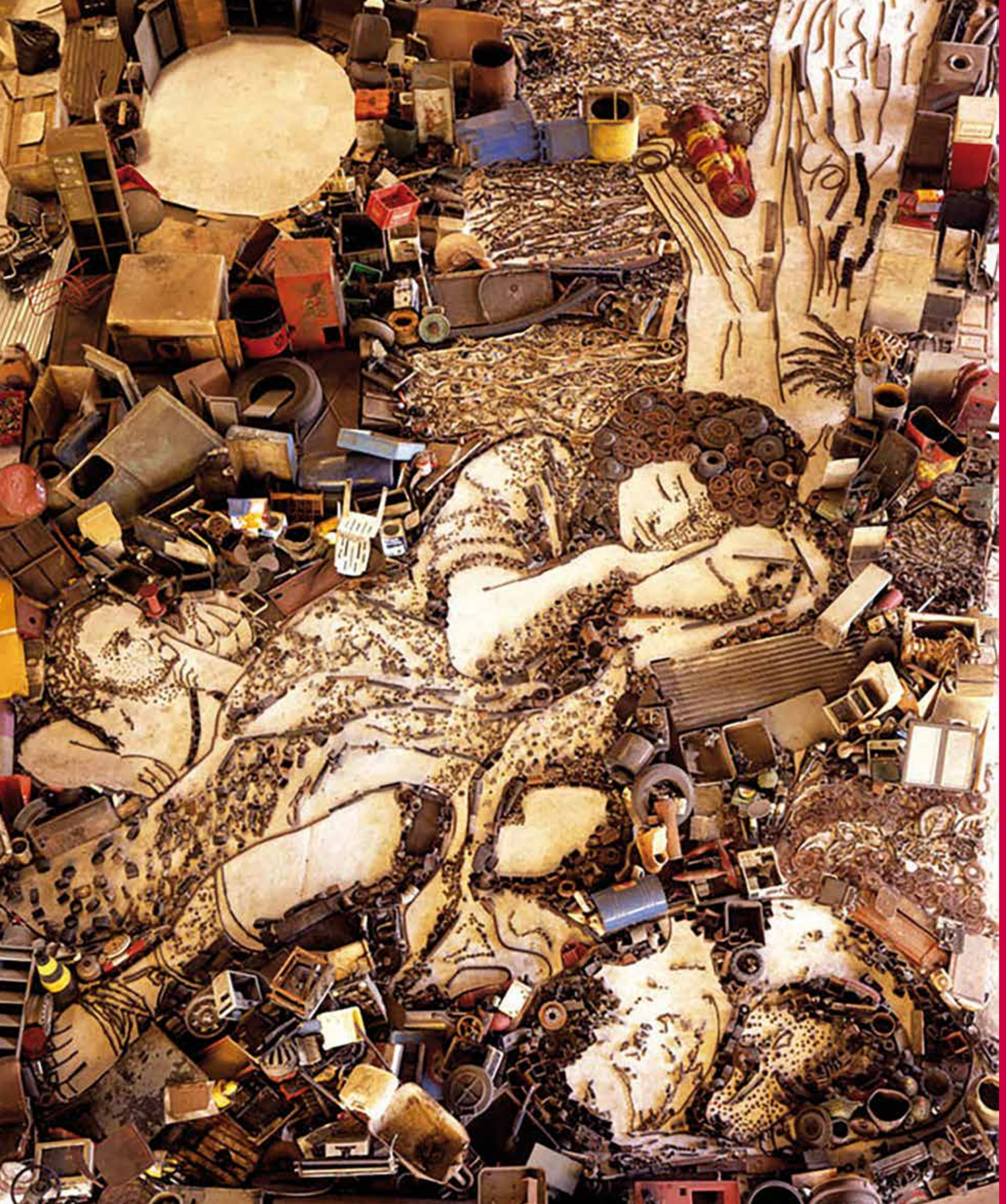


«ARTIVISTAS» POR EL MEDIO AMBIENTE

RAFA RUIZ
Periodista especializado en medioambiente y cultura. Coordinador de la revista *El Asombrario*

14 impactantes eco-creadores, de los clásicos a los novísimos

Página anterior:
Obra de Vik Muniz.

«Hubo un artista que ya en 1960 criticaba la sociedad consumista de usar y tirar. Un artista que hace ya 60 años componía extraordinarias acumulaciones de objetos que nos hicieran reflexionar sobre el exceso y el despilfarro. ¡Tan actual! Ese hombre era Arman (Niza, 1928 / Nueva York, 2005). Se le puede considerar todo un pionero en el arte del reciclaje».

Así comienza el libro *Artistas en Verde,* que he escrito por encargo de Signus (entidad encargada de la recuperación de neumáticos fuera de uso en nuestro país), con diseño de Diego Lara, y que, partiendo de mis colaboraciones mensuales para su blog, recoge en papel el espíritu ecológico que ha alentado el arte en las últimas décadas, con tres ideas troncales: conciencia frente al despilfarro consumista, empleo de lo que se consideran desechos para dotarles de nueva vida como material creativo y llamada de atención sobre la necesidad de reconectarnos con la naturaleza. Y a partir de esos cimientos, reflexionar sobre las incertidumbres de cada tiempo. Algo que no es de ahora. Este artículo arranca con el artista francés Arman, que hace más de medio siglo ya intentaba abrirnos los ojos sobre el descarrilado proceder de buena parte de la Humanidad, la más acomodada, la llamada del estado de Bienestar. Y así logró fama y prestigio con sus «acumulaciones de objetos encontrados», desde latas de refrescos a juguetes despreciados y arrojados a la basura.

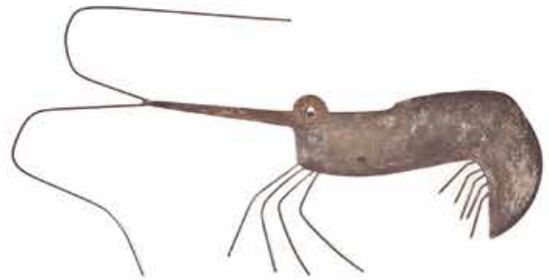
Otro ejemplo, el conocido artista italiano Mario Merz (Milán 1925 / Turín 2003), que también hace medio siglo planteó una crítica radical a la modernidad industrial y consumista. Merz, al igual que los otros artistas *povera*, recurría a materiales y objetos reciclados, tanto de origen orgánico (arena, barro, cera, ramas, carbón...), como provenientes de la cultura industrial y del consumo (baldosas, cristales, neones, alambres...) para llevar a cabo sus pinturas, esculturas o instalaciones. Provocador frente a esos aires de modernidad que en cada época nos restriegan lo ***cool*** que son, a Mario Merz le gustaba decir que invocaba «al viento prehistórico de las montañas heladas».

A Mario Merz le dedicó una magistral retrospectiva el Museo Reina Sofía en 2019/2020 (coincidiendo con la pandemia) en el Palacio de Velázquez, en el Retiro. Sus comisarios explicaban: «Esa invocación, lejos de ser un recurso meramente retórico o una apelación melancólica a un pasado idealizado, tiene una profunda carga crítica: le sirve para articular su rechazo a la deriva consumista de la sociedad contemporánea y poner de manifiesto la necesidad de reconectar con experiencias humanas esenciales como las de construir y habitar, de volver a situar en el centro nuestra relación con la naturaleza».

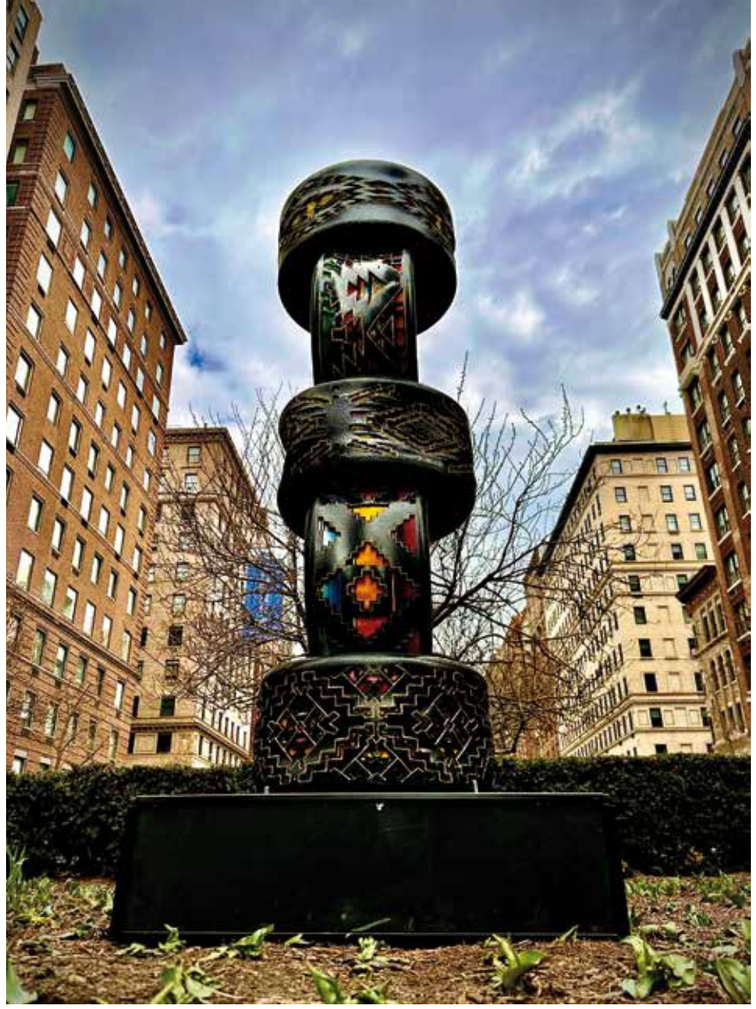
Arte degenerado

Otro caso: Kurt Schwitters (Hannover, Alemania, 1887 / 1948), cuya obra fue prohibida por los nazis al llegar al poder en 1933 e incluida en la lista de «arte degenerado». Aparte de ser uno de los mayores representantes del dadaísmo y apuntarse al arte subversivo y anti-todo, hay que reconocerle también que fue pionero en el empleo de materiales de desecho para dar forma a sus collages; lo que comenzó a hacer en fecha tan temprana como 1919, cuando tenía 32 años y entonces más bien nada se hablaba del reciclaje. Schwitters supo trasladar a su proceder artístico el momento histórico, el caos y descomposición de Europa tras la Primera Guerra Mundial. Así lo expresaba el propio artista: «La Gran Guerra ha terminado, en cierto modo el mundo está en ruinas, así pues, recojo sus fragmentos, construyo una nueva realidad». Y siguió: «Con esto había terminado todo ese fraude que los hombres llaman guerra. Abandoné mi puesto de trabajo, sin ningún tipo de despido, y a partir de ese momento todo volvió a empezar. Ahora comenzaba realmente mi ebullición. Me sentía libre y tenía que gritar a los cuatro vientos mi alegría. Por ahorro, utilizaba para expresarme todo lo que encontraba, pues éramos un país empobrecido. Se puede también gritar con restos de basura y lo hice encolando y clavando estos desechos. Los denominé MERZ. Todo estaba destruido y era válido empezar a reconstruir lo nuevo a partir de los escombros».

Montaje del escultor cinético suizo Jean Tinguely



Guepardo, 2021; *Rinoceronte*, 2014; *Elefante indio*, 2007; *Gamba*, 2003; *Gato de bronce*, 2013; *Pájaro*, 2018.
© Manu Da Costa. Cortesía Miquel Aparici



Betsabeé Romero. Exposición en Nueva York

Un ejemplo más de ese «arte degenerado». Quizá la historia que más me ha impactado en todas mis búsquedas de investigación sobre estos artistas *clásicos*. Eva Hesse (Hamburgo, 1936 / Nueva York 1970) comenzó como pintora expresionista, pero pronto cambió a la escultura; opción que se consolidó cuando en 1961 se casó con el escultor Tom Doyle. A mediados de los 60, la pareja se trasladó a vivir a un molino textil abandonado en la cuenca del Ruhr, en Alemania –no mucho después se separaron– y es ahí donde surge el punto de interés que me hizo llevarla al blog, al libro y ahora a esta revista.

Allí, en ese apartado molino, Hesse comenzó a esculpir con materiales de fábrica que habían sido abandonados. Obras de gran expresividad hechas con simples piezas de látex o arcilla sin cocer, papel maché, restos de maquinarias, cuerdas, cera, cinta adhesiva... No le importaba en absoluto la nobleza del material; todo lo contrario. Quería reivindicar los materiales pobres, despreciados, tirados. Ella misma era consciente de cómo los puristas y ortodoxos recibían sus obras, e incluso llegó a calificarlas de «acumulación de mierda». Si nos fijamos, tras esos montones de *mierda,* podemos ver reflexivos procesos creativos y el equilibrio entre orden y caos. Hesse trabajaba lo efímero, consciente desde el principio de su propia temporalidad, de la fragilidad de su cuerpo, de su cerebro. El hecho de que su madre se suicidara cuando Eva tenía solo 10 años también marcó esa manera de entender el mundo, la vida, el arte, la mujer, el hombre, la sociedad, nuestro paso por aquí, todo.

Avanzamos entre los aires prehistóricos de Mario Merz, los *Merz* de Schwitters y las acumulaciones de lo que Eva Hesse encontró en ese molino abandonado y llegamos al pintor y escultor cinético suizo Jean Tinguely (1925 / 1991): Tal como destacan las reseñas sobre él, este artista criticó y satirizó con sus *Méta-matics* «la sobreproducción sin sentido de bienes materiales en la sociedad industrial avanzada». El consumismo. Y estamos hablando de más de medio siglo atrás, ya que sus primeras esculturas con movimiento datan de los años 1958 y 1959. El propio artista ha declarado en entrevistas y documentales: «Esta es una visión de nuestra sociedad industrial, asfixiada por la abundancia». Y en 1972 explicaba sobre una de sus obras: «*El ballet de los pobres* es quizás una respuesta a nuestra sociedad de consumo. Nos sobra de todo, dinero, objetos, compramos demasiadas cosas. Este meneo histérico de objetos es una parodia del consumo. Los bienes acumulados se vuelven ridiculeces. Pretendía reírme de todo ello».

Tinguely criticó y satirizó con sus Méta-matics «la sobreproducción sin sentido de bienes materiales en la sociedad industrial avanzada»

Upcycling puro hace 70 años

Y llegamos al sexto nombre de *artista clásico en verde,* y el más conocido: el estadounidense Robert Rauschenberg (Texas, 1925 / Florida, 2008), que en los años 50 pasaba por la época de lo que él llamaba «combines» *(combinaciones):* una suerte de fusiones creativas, de collages de *materiales encontrados* que recordaban a los «*ready-mades*» de Duchamp o los «*Merz*» de Schwitters. El artista lo explicaba diciendo que deseaba trabajar en «la brecha entre el arte y la vida»; «en el punto mismo de intersección, donde ambas son la misma cosa». De ahí su afición a visitar tiendas de segunda mano en Nueva York. Matrículas, carteles, cuadernos, fotografías, señales de tráfico..., casi todo le venía bien, *objetos encontrados* que, en sus manos, y recolocados estratégicamente, se convertían en algo valioso. *Upcycling* puro hace 70 años.

A partir de estos seis clásicos, seguí tirando del hilo hasta el mundo artístico actual, donde podemos encontrar –más allá de manualidades y artesanías de reciclaje– toda una corriente más profunda de artistas que trabajan desde lo emocional de sus disciplinas en las 3 Cs: Consumo Con Conciencia. Recientemente, Marta Moreno Muñoz, artista y activista por el clima, promotora de la iniciativa *La Cultura Declara la Emergencia,* que ya aglutina a 1.800 instituciones y personas en todo el mundo y que busca expandir por España, declaraba: «Es importante movilizar al sector artístico y generar diálogo sobre un tema que aún es minoritario en este sector. Sí se crean algunos productos culturales que abordan el tema, pero falta compartir experiencias, por ejemplo en asambleas culturales climáticas. Necesitamos que los artistas se impliquen en los movimientos sociales, en el activismo, que bajen de su atalaya».

Y vamos a detenernos en otros seis ejemplos de artistas actuales que practican el *upcycling* para promover el Consumo Con Conciencia.

Merece la pena arrancar este recorrido con el gran César Fernández Arias, fallecido en 2023, todo un *artista pobre y vera,* que promovió el arte del reciclaje con sus famosos talleres para público infantil desde el Círculo de Bellas Artes de Madrid. Esto me comentaba cuando le entrevisté: «A quien siento como mi maestro, el que más me ha influenciado, el escultor británico Tony Cragg, decía que el artista debe trabajar con el material que encuentre gratis y a partir de ahí darle un valor añadido con las ideas y el trabajo para obtener un objeto artístico (...) Los talleres de creatividad infantil y los colegios recogen ese componente educativo sobre la ingente cantidad de residuos que producimos, algo que el planeta no puede permitirse. Hay que consumir menos y reutilizar..., en definitiva, decrecer, pero a este sistema, que se basa en comprar, comprar y comprar, eso no le gusta».

Otro reciclador nato es el catalán Miquel Aparici, que ya ha logrado dejar sus trabajos como director de arte de diversas publicaciones, la última *National Geographic España,* para dedicarse por completo a la escultura. Miquel crea fabulosas figuras (animales casi siempre) a partir de artilugios antiguos y que en los últimos años ha conseguido fama internacional: «Dar una segunda vida a las cosas o, mejor dicho, encontrar belleza donde otros no la ven siempre me ha gustado. Soy como un *arqueólogo* del óxido y lo usado. Me gusta enseñar esa belleza oculta, y que la gente se dé cuenta de que no hace falta tirar todo lo que ya no se usa».

Betsabeé Romero se encuentra ahora en un momento dulce de reconocimiento con su mensaje de concienciación

Bound, 2022. © Alfredo e Isabel Aquilizan. Cortesía Museo de Arte Contemporáneo de Castilla y León (MUSAC)

El arte de la japonesa Sakaya Ganz es toda una filosofía que parte del sentido de armonía con la naturaleza

Relación entre naturaleza y contaminación

El artista catalán Álvaro Soler-Arpa presentaba el pasado otoño en el Círculo de Bellas Artes de Madrid *Especies Mensajeras,* una exposición de esculturas realizadas primordialmente con huesos y residuos plásticos, un escalofriante despliegue de *bichos* que explora la compleja relación entre la naturaleza y la contaminación. Y esto nos contaba a los periodistas en la presentación de sus trabajos: «Es una exposición que habla de sufrimiento y resiliencia. Debemos mover conciencias para despertar, para reaccionar. Y en esa labor creo que el arte puede cumplir una función importante. Yo comencé hace 10/12 años un camino como artista del reciclaje y creo que he llegado a un punto en que me siento un artista ecologista, un artista activista. Espero que estas piezas hagan pensar a quienes las contemplen. La gente espera mucho de los Gobiernos, pero yo creo que la palanca de la transformación pasa por cambiar nuestras rutinas del día a día, que esos pequeños cambios vayan contagiando al entorno más cercano y así vaya creciendo la bola, se vaya haciendo más y más grande. Me he percatado de que si tú ejerces un cambio en tu comportamiento, influyes en tu entorno».

César, Miquel, Álvaro... Vámonos con otros tres ejemplos fuera de España.

Llegamos a Aquilizan. Los descubrí en octubre de 2022 en el MUSAC (Museo de Arte Contemporáneo de Castilla y León, en León) y he de reconocer que su trabajo me impactó desde el primer momento. En uno de los gigantescos espacios de este prestigioso centro artístico, la pareja de artistas filipinos Isabel & Alfredo Aquilizan habían varado un gran barco compuesto de materiales desechados cotidianos aportados por los ciudadanos para hablar de la vida y la muerte, de la idea de casa, de la identidad y de las múltiples formas de cambio y migración. La idea de viaje y de pueblo, de hogar y de mundo, de lo próximo y lo global. La instalación adquiere reminiscencias históricas, entre las que se subraya la del Galeón de Manila, ejemplo temprano de la globalización y símbolo de movimiento incesante de personas y mercancías; del intercambio de recursos.

Quizá nadie como los Aquilizan nos ha transmitido de una manera tan emocional el concepto de residuo, de desecho, y de lo que supone recuperarlo, más allá de economías 2030 y SOStenibilidades. «Estos objetos simbolizan lo que sus propietarios eligen traer o dejar atrás». Lo que decidimos que nos acompañe y lo que decidimos dejar atrás. De cómo precisamente eso conforma nuestro hogar, nuestra identidad personal, nuestras sociedades y nuestros entornos más cercanos. Nuestras referencias. Nuestra basura como nuestra referencia.

La siguiente historia ha sido una de las que más me ha removido y de las que más pronto conté: Su nombre es Vicente José de Oliveira Muniz, pero se hace llamar Vik Muniz. Este artista brasileño de muy humilde procedencia (nació en una favela de São Paulo en 1961) vive a caballo entre Nueva York y Río de Janeiro. Muniz pasó tres años en uno de los mayores vertederos del mundo, el de Jardim Gramacho, en las afueras de Río de Janeiro, para crear su serie fotográfica *Imágenes de basura* (2008). Allí conoció y trabó estrecha relación con un grupo de personas que sobrevivían vendiendo materiales reciclables que encontraban en el basurero. Gente que malvivía de lo que otros desechaban. Conmovido frente a la difícil realidad de esa gente, que sobrevivía con la recolección de latas, neumáticos o botellas, tuvo una idea: cambiar la vida de esas personas con los mismos materiales con los que trabajaban. Tomó fotos de los recicladores en medio del vertedero y luego las reconstruyó utilizando los objetos que ellos recolectaban. Esa ha sido su es-

Monogram, 1955-59. Moderna Muséet. © Cortesía Fundación Robert Rauschenberg. CC BY-NC 4.0

Miquel Aparici en su taller, 2013.
© Cortesía Miquel Aparici

Threepedus (Evolución tóxica), 2011.
© Carlos Bellvehí. Cortesía Álvaro Soler-Arpa

Álvaro Soler-Arpa trabajando, 2020.
Cortesía Álvaro Soler-Arpa

pecialidad con la que ha alcanzado fama: hacer enormes composiciones-collages de residuos y luego fotografiarlos. Tomó las imágenes, las enmarcó y las puso a la venta en Nueva York. Uno de los recicladores estuvo presente en la subasta en la que su imagen fue vendida en 50.000 dólares. Al oír la cifra, el humilde joven se echó a llorar. Era más de lo que él podía ganar en toda su vida recogiendo desechos. El retrato, que proyectaba tanto la dignidad como la desesperación de su oficio, transformaría su vida, ya que todas las ganancias fueron para él y sus colegas.

Hay muchos más ejemplos de excelentes *artistas en verde* contemporáneos, como el suizo Thomas Deininger, el mexicano Alejandro Durán, el jamaicano-estadounidense Nari Ward, el francés Bernard Pras y el portugués Bordalo II, pero vamos a terminar este recorrido con Sakaya Ganz, una artista japonesa que reside en EE UU y que ha sido mi más reciente aportación al blog de Signus. Lo suyo va más allá del reciclaje y la conciencia verde. Lo de ella es toda una filosofía que parte del sentido de armonía con la naturaleza: «Crecí con la creencia animista sintoísta de que todo en el mundo tiene espíritu. Por eso, cuando veo objetos desechados en la calle o en los estantes de las tiendas de segunda mano, siento tristeza por ellos y me siento impulsada a alegrarlos, a darles nueva vida. Objetos desechados, independientemente de su material, aunque actualmente mi material predilecto es el plástico. Utilizo sobre todo artículos domésticos comunes para crear formas animales con movimiento y con consciencia de sí mismos. Los manipulo y los ensamblo como pinceladas para crear un efecto similar al de una pintura de Van Gogh en tres dimensiones». Sakaya construye así piezas artísticas, destinadas algunas como esculturas en espacios públicos en Estados Unidos y Corea del Sur; otras, alimentando su exposición itinerante Creaciones recuperadas, que se expone todo el año 2025 en el Museo de la Salud de Houston (EE UU).

Un broche de caucho

Como broche, no de oro sino de caucho, a este recorrido *ambienta* por el arte, concluimos con la mención-reconocimiento a dos artistas que crean sus obras a partir de neumáticos desechados, ya que ha sido Signus el aval para este despliegue periodístico durante más de ocho años.

Ángel Cañas ocupó la segunda entrega de la serie que ya ha llegado a los 100 artículos; con el tiempo ha logrado fama y reconocimiento. Así le presentábamos: Madrileño del barrio de San Blas, que, además de trabajar como conductor en horario nocturno, ha encontrado ahora en la energía de los neumáticos la vía perfecta para expresar su sentido artístico y seguir desarrollando su formación autodidacta. Movido por su interés por el medioambiente, comenzó a trabajar con diferentes materiales de desecho y empezó a experimentar centrándose en el caucho, en cuya versatilidad y propiedades vio grandes posibilidades. Él, que siempre sintió muy de cerca el compromiso del reciclaje de residuos, decidió apostar por retorcer y dar forma al caucho para, como un demiurgo mecánico, moldear estas esculturas de impresionante presencia, llenas de energía y detalles, desde toros, caballos, lobos y cocodrilos a guerreros y dioses clásicos. A los neumáticos de automóviles, motos y bicicletas, les añade Ángel un felpudo de goma para el vuelo de la falda del guerrero o un cepillo para el pelo o unos tapones de envases plásticos para los ojos.

Desde Latinoamérica, una artista valiente, sí, y rompedora llamada Betsabeé Romero (Ciudad de México, 1963), que se encuentra ahora en un momento dulce de reconocimiento en EE UU y Europa con su mensaje de concienciación en torno a las migraciones, las herencias colonialistas, las fronteras, el papel de la mujer y los retos ambientales. Además, lanza ese mensaje a partir del empleo de neumáticos muy gastados y retirados, que para ella se convierten en símbolo de la resistencia frente a las prisas, las urgencias, la entronización del vehículo privado, el petróleo y el concepto de velocidad. Cosas como estas me contó cuando la entrevisté:

«Estoy convencida de que el arte también es esperanza, y por lo tanto resistencia. Las culturas originarias indígenas hoy por hoy significan solo un 0.05% de la población mundial; sin embargo, son civilizaciones que han preservado no sólo sus valores y tradiciones, sino que contienen el 16% de las zonas más importantes de la Biosfera, ya que tienen una cosmogonía mucho más armónica con el planeta y sus recursos naturales, además de una conciencia del poder colectivo y horizontal en oposición a la noción de acumulación de poder que sigue moviendo al mundo occidental».

«Mis principales preocupaciones ambientales: las energías sucias, la necesidad de reciclaje y un cambio radical en la forma de movilidad del ser humano a nivel global. Hemos de cambiar la idea de posesión y derecho de movilidad y consumo personal por una conciencia y un modo de articular el movimiento humano de forma colectiva y acorde con los recursos naturales. El problema es urgente y gravísimo, no hay tiempo para seguir debatiendo falsamente en favor de los intereses de las compañías más importantes de producción y distribución de vehículos; pero, sobre todo, de las energías que hasta hoy han movido al mundo de una manera tan inconveniente para el planeta».

Wolf I, 2015. © Cortesía Ángel Cañas